

Quenda

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

Y

ZARZUELAS BUFAS Y SERIAS,

REPRESENTADAS CON ÉXITO

Quenda
EN LOS TEATROS

DE MADRID Y PROVINCIAS.

Segovia



Se venden en *Madrid*, librería de CUESTA, calle de las Carretas, núm. 9, y S. MARTIN, Puerta del Sol; en *Provincias*, en casa de sus corresponsales.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

EL DUENDE

ó

LOS AMORES DE SILVESTRE,

ZARZUELA EN UN ACTO, ORIGINAL EN VERSO Y PROSA

por

D. ANGEL MARIA SEGOVIA.

MÚSICA

DEL MAESTRO SCARLATTI.

CUATRO REALES.

MADRID:
IMPRESA DE G. ALHAMBRA,
CALLE DE S. BERNARDO, 73.
1872.

PERSONAJES.

ACTORES.

CAROLINA.....
JUANA.....
D. CIRIACO.....
SILVESTRE.....
Varios chicos.....

La escena en nuestros dias.

ADVERTENCIAS.

Es propiedad del editor D. Vicente de Lalama, y está bajo la salvaguardia de la ley, habiéndose hecho el oportuno depósito.

Los que deseen la partitura instrumentada, pueden recurrir al mismo.

ACTO ÚNICO.

Sala en casa de D. Ciriaco, que sirve de escuela de niños. Varios carteles en las paredes, en donde está impreso el abecedario; y colgadas algunas muestras para escribir. A los dos lados, bancos de madera, largos; y al foro, la mesa del maestro, frente al espectador.

ESCENA PRIMERA.

DON CIRIACO. *Aparece sentado en su mesa, revisando las planas de los chicos. Al foro el primer grupo de niños, que consta de cuatro ó cinco, y uno entre ellos, mayor que los demás, que hace de pasante, el cual, con un palo, señala en el cartel y pronuncia lo que á coro repiten los menores. A la derecha el segundo grupo y á la izquierda el tercero, entrambos iguales que el primero.*

PASANTE 1.º B, O, S.—Bos.

1.º GRUPO. B, O, S.—Bos.

PASANTE 2.º L, o, s.—Los.

GRUPO 2.º L, o, s.—Los.

PASANTE 3.º S, a, r.—Sar.

3.º GRUPO. S, A, R.—Sar.

(Esto lo dicen todos los grupos á la vez, con esa especie de canto general en todas las escuelas.)

PASANTE 1.º C, o, r.—Cor.

1.º GRUPO. C, o, r.—Cor.

(Todo confusion entre unos y otros; de vez en cuando, los pasantes, con la cañita que tienen para señalar en los carteles, pegan en la cabeza á algun muchacho del grupo, que grita, llora, ó se rebela contra el pasante.)

CIR. *(Que ha permanecido con la mayor gravedad, revisando las planas, sin alterarse por la gritería, toca la campanilla y todo queda en silencio.)*

Silvestre! *(Llamando.)*

PASANTE 1.º No está.

CIR. Que no?

PASANTE 2.º No señor, fué á buscar agua.

UN CHICO. No haga usted caso, que ahora le he visto por la ventana hablando con Carolina.

:

- SIL. Es que está gorda la pluma.
CIR. Que está gorda?
SIL. Si, y no marca.
CIR. Cuánto borron! Si esto, mas que plana, parece un mapa!
SIL. Toma! Porque se manchó.
CIR. Hombre, mire usted qué gracia!
Pues vas á hacer cien palotes, bien derechos, y sin manchas.
Ten en cuenta, que no comes, hasta despues que los hagas.
SIL. Jí, jí, jí! (*Llora.*)
CIR. Mira, si lloras,
te hago hacer catorce planas.
De rodillas, y á rezar;
(*A todos los chicos.*)
ese del cuarto, que salga.
(*Sale el chico.*)
Por hoy que pase; otro dia,
mucho ojo, señor Tejada.

(*Todos se arrodillan en los bancos. Silvestre entre ellos suspirando y enjugándose las lágrimas con la manga de la chaqueta. Don Ciriaco se arrodilla en el sillón de su mesa y entona al estilo de las escuelas, esta oración que los chicos repiten á coro en el mismo tono. Silvestre desafina con feroces chillidos; Don Ciriaco le dá de vez en cuando en la cabeza, con la caña de que se provee antes de comenzar.*)

- CIR. Yo os doy gracias...
TODOS. Yo os doy gracias... (*Los puntos suspensivos indican cuando debe detener su frase Don Ciriaco, y repetirla los chicos.*)
CIR. Señor... por habernos permitido... salir... de la oscuridad... y tinieblas... de la noche... para ver... la clara... luz del dia... en el que... haré... todo el bien que pueda... (*En este momento, Don Ciriaco deja caer su caña sobre la cabeza de Silvestre, que estará entretenido en hacer palomitas de papel, y arrojarlas al aire.*) para ahuyentar... al demonio... y ganar el reino... de los cielos... Amen... (*Los chicos se levantan haciendo todo el ruido que pueden, y en tropel, dando brincos de alegría.*)

ESCENA III.

DON CIRIACO, SILVESTRE.

- SIL. (*Gimiendo.*) Y yo me quedo aquí solo, eso es; mientras que los demás chicos se ván á comer.

- CIR. No sé cómo no te dá vergüenza compararte con los demás chicos. Un hombron mas grande que un alcornoque; un hombre, que ya podia tener hijos.
- SIL. Ya lo creo; si V. me hubiera dejado casarme con Carolina. . .
- CIR. Ah! Hotentote! Conque no sabes ni aun hacer palotes, y quieres casarte con mi hija?
- SIL. Y qué tiene que ver una cosa con otra?
- CIR. Caracoles!
- SIL. Y sobre todo; ya aprenderé.
- CIR. Sí, eh? Cuando tú hayas aprendido, ya tendrás nietos, pero no de mi hija.
- SIL. Toma! A saber!
- CIR. Cómo, á saber?
- SIL. Mi madre ya me ha dado el permiso para casarme con Carolina; y como no me falta mas que la licencia de V. . .
- CIR. Ya! Pero como yo no quiero un yerno tan borrico como tú! . . .
- SIL. Eso lo dirá V. porque soy pobre.
- CIR. Pobre! Si fueras tan rico de entendimiento como de dinero; si tuvieras tanta abundancia de sentido comun, como de viñas y onzas de oro, yo te daría á mi hija, porque tu fondo es bueno, y sé que te quiere y la quieres.
- SIL. Ya lo creo, y mucho.
- CIR. Pero tú, vamos á ver, para qué quieres casarte?
- SIL. Toma! . . .
- CIR. Sin saber leer, ni escribir, qué vas á hacer cuando te cases? Vamos á ver, qué?
- SIL. Que qué voy á hacer? Toma!
- CIR. Toma! toma! No sabes salir de ahí?
- SIL. No me atrevo.
- CIR. Silvestre; (*Acariciándole.*) eres muy bruto!
- SIL. Mucho, sí señor, mucho.
- CIR. Pero hombre, en qué pueblo has nacido y te has criado? No habia allí un maestro que te enseñára á leer?
- SIL. Sí señor, le habia, pero se marchó, porque no le pagaban.
- CIR. (Lo mismo que tendré yo que hacer.) Pero dí, qué pueblo es?
- SIL. Donde yo nací y me crié? Zaratan.
- CIR. Hombre, cerca de Valladolid. Zaratan! Patria de los chorizos. Conoces á Don Pablo Fuentes?
- SIL. No señor.
- CIR. Cómo no? Siendo de Zaratan. . .
- SIL. No, yo no soy de Zaratan.

- CIR. Pero te has criado allí.
SIL. Tampoco. Yo soy de Alendin, provincia de Granada.
CIR. De Granada, eh? Tu cabeza si que es una granada, mas grande que un melon.
SIL. (*Ap. con su voz natural.*) (Ya me lo dirás mas tarde.)
CIR. Conque anda, anda: ponte aquí en esta mesa, y haz otra plana; los palotes mas derechos y limpios. Pobre Silvestre! Ah! te doy las gracias, hombre, si quiera por el cariño que tienes á mi hija, y por tus intenciones, de que otro hombre se aprovecharia por cojer dinero.
SIL. (*Es muy pundonoroso.*)
CIR. Eh?
SIL. Nada, digo que bueno.
SIL. Pues sí, hijo, sí; yo quiero para mi hija un hombre pobre, pero no zopenco; no soy ambicioso, si lo fuera, hubiese dado la mano de mi hija á un jóven de Madrid, á quien no conozco mas que por el nombre de Don Juan de Sandoval.
SIL. Ya he oido hablar de él á Carolina.
CIR. Pues este jóven, conoció á mi hija, un dia que pasó por este pueblo, de vuelta de una cacería; pero parece ser que ella le cazó á él, clavando en su corazon la flecha de Cupido.
SIL. (*Efectivamente!*)
CIR. El habló con mi hija, tres ó cuatro dias que estuvo aquí, segun he sabido despues; y tan fuerte les entró, que el tal Don Juan. apenas llegó á Madrid, me escribió pidiéndome la mano de Carolina. Me sorprendió la peticion, pregunté á mi hija, y ella entonces me dijo, que le queria, y le queria, y me contó lo que te he dicho. Pero yo dije que *nones*, y *nones* han sido, por mas que él y ella quieran *pares*.
SIL. Y por qué no accedió V?
CIR. Hijo mio, porque yo soy muy orgulloso, lo confieso; tengo declarada guerra á muerte á toda la aristocrácia, y creo que ese Don Juan es conde ó no sé qué...
SIL. Y si nolo fuera?
CIR. De todos modos, segun él dice en su carta, tiene una renta de veinte mil duros anuales; es decir, que es rico, y como yo soy pobre, se la negué.
SIL. Pues yo no la negaria por eso; al contrario.
CIR. Hé ahí la opinion general; pero yo la rechazo. Yo, un triste maestro de escuela, con tres mil reales anuales! Sabes lo que diria su familia, y el mundo? Que yo habia sacrificado mi hija al interés; y aunque eso no es cierto, al oirlo decir tantas veces, como lo

dirían, hasta llegaría yo á creerlo, y entonces no viviría, de pesadumbre y de vergüenza.

SIL. Yo he oído decir, que el verdadero filósofo debe despreciar al mundo.

CIR. Hombre! Quién te ha dicho eso? Parece que te des-pavilas hablando de este asunto. Bien dicen, que el amor hace hablar á las bestias. Pues sabe, que el despreciar al mundo, es conveniente, hasta cierto punto, pero no siempre; además, para ello es preciso tener otra alma menos sensible que la mia y... bien que tú, qué entiendes de esto? (*Dá media vuelta como para irse.*)

SIL. (Es un pobre hombre!) Es verdad, señor Maestro; yo no entiendo de nada.

CIR. Aplicate, aplicate á los palotes, y hazlos mas derechos; esos perfiles más delgados... Vaya, luego volveré á ver, y si están bien, te pondré á hacer letras.

SIL. Están estos bien?

CIR. Así, así están perfectamente. Vamos, en quince dias que hace que viniste al pueblo, y doce que estás en la escuela, no has adelantado mucho; pero ya conoces las letras, aunque la *b* y la *d* siempre las confundes. Vaya, cuidadito, y hasta luego. (*Váse.*)

SIL. Vaya V. con Dios, señor maestro.

ESCENA IV.

SILVESTRE.

Já, já, já! Pobre Don Ciriaco! Qué engañado vive! Ah! buena idea. (*Se sienta y escribe.*) Válgame Dios! Y á cuántas peripecias nos conduce el amor.

ESCENA V.

CAROLINA, SILVESTRE.

MÚSICA.

CAR. (Cuántas cosas la pobreza y el amor obliga á hacer! Mas si de esta bien salimos yo seré feliz mujer.)

SIL. (*Levantándose.*)
Carolina, amada mia.

CAR. Pensando estaba en tí.

SIL. Há poco que á tu padre tu mano le pedí.

Já, já, já, no dá en la trama,

- cayendo vá en la red;
mia serás por siempre.
- CAR. Que no nos oiga él!
SIL. Tu padre no recela,
inocente está aun,
oyendo como canto
el á é í ó ú.
Poco tiempo así
haremos el *lú*,
poco entonaré
á é í ó ú.
- CAR. Mi padre nada sabe,
inocente está aun,
y tú cantando sigues
el á é í ó ú.
Solo temo yo,
que te canses tú
de tanto entonar
á é í ó ú.

Duo.

HABLADO.

- SIL. Já, já, já! No temas, Carolina mia; esto me proporciona la diversion mas bonita que puede imaginarse. No me cansa; pero aunque así fuera, qué no haré yo por tí, alma de mi alma, por estar á tu lado, por verte?...
- CAR. Sí, pero es preciso que no se dilate demasiado; porque podria por una casualidad descubrirse...
- SIL. No, no temas, gloria mia; oye, tengo un bonito plan, para obligarle á dar tu mano, si no, á Don Juan de Sandoval, á Silvestre Naranjo.
- CAR. Que es lo mismo; y cómo?
- SIL. Mira, esta carta que acabo de escribir, vas á dársela á tu padre, diciendo, que la ha traído un hombre, á quien no conoces.
- CAR. Sí, pero...
- SIL. Chist, ya viene; nada me preguntes, porque no tendré tiempo para explicarte...
- CAR. Ah! mi padre.
- SIL. Dásela, yo voy á hacer palotes.

ESCENA VI.

Dichos y DON CIRIACO. Entra limpiándose los dientes.

- CIR. Niño; Silvestre.
SIL. Mande V.

CIR. Vete á comer. Qué haces tú aquí, bachillera? (*A Carolina.*)

CAR. He venido á traer esta carta, que ha dejado para V. un hombre que ha venido de Madrid.

CIR. De Madrid? A ver, á ver.

SIL. No he concluido de hacer los palotes.

CIR. No importa; por hoy te perdono. Vete, que se enfria la sopa. (*Vase Silvestre.*)

ESCENA VII.

CAROLINA, DON CIRIACO.

CAR. Voy á servirle la comida?

CIR. No, estate aquí. Ya sabe él donde está el comedor; y si no, allí está Juana que le servirá.

CAR. Sí, pero...

CIR. Canastos! Pues no es poca osadía la de ese señor...

CAR. Quién?

CIR. Oye, oye. (*Lee.*) «Señor Don Ciriaco Canillejas, etc. etcétera. Muy Señor mio: Su hija de V. es el ángel de mis ensueños. Yo la amo, y ella corresponde ciegameamente á mi amor; V. se opone á nuestro casamiento, es decir, á nuestra felicidad, pues bien; advierto á V. que soy muy osado, y tengo sobrado talento para hablar con ella, sin que V. lo vea. »
«Tras esta carta, voy yo á ese pueblo, donde Carolina y yo quedaremos casados, pese á las ridículas miras de V., y á despecho de un tal Silvestre que tiene V. en su casa, á quien mataré, si continúa siendo mi rival.» Caracolés! Esto sí que es grave!

CAR. Pobre Silvestre!

CIR. «Cuando lea V. esta carta, estaré ya en ese pueblo, »y tal vez, en su propia casa, donde pasará algunos »ratos, sin que V. me vea. Envíe V. la contestacion »sin perder tiempo, ó de lo contrario, iré yo por ella; »la cual ha de ser favorable á mis deseos. De V. afectísimamente, etc. Juan de Sandoval.» Háse visto mayor avilantez? Por supuesto, que eso de entrar aquí... me hace reír; pero, dime, hija mia, tú serás capaz de casarte sin mi permiso?

CAR. No señor, pero si me roba...

CIR. Si te roba, eh?... Pero tú, le quieres todavía?

CAR. Yo... si señor!

CIR. Qué atrocidad! Pero hija, ven acá. Entonces, cómo es que Silvestre quiere casarse contigo? Quiere también á Silvestre?

CAR. Yo... si señor.

- CIR. Qué atrocidad! Es decir que... y, á quién prefieres?
CAR. Lo mismo á uno que á otro; para mí, los dos son iguales.
- CIR. Qué estravagancia! Pero señor, á quién sale esta muchacha? Su madre no era de este modo de pensar. Es decir, hija mia, que lo dejás á mi eleccion?
CAR. Sí señor, el que V. quiera.
CIR. Pues bien, yo elijo... á ninguno.
CAR. Como V. quiera.
CIR. Oye, oye, que el asunto es grave. De ese Don Juan, ya sabes que te dije que no, porque es rico, y además muy orgulloso y muy pedante, y muy osado, como revela esta carta; y de el otro, es decir, de Silvestre, ya sabes que es un borrico, que ni sabe siquiera leer, y con ventitres años á la espalda, está haciendo palotes.
- CAR. Sí, pero eso...
CIR. Además, su madre le ha traído aqui, á nuestra casa, donde come y duerme, para que aprenda mas pronto á leer y escribir, no teniendo donde distraerse, y para eso, me dá veinte reales diarios.
- CAR. Sí, y algunos regalitos.
CIR. Pues bien, figúrate qué cara pondria su madre...
CAR. Su madre quiere que se case conmigo.
CIR. Pero yo no quiero, se acabó. Porque Silvestre está por civilizar, y yo prefiero al dinero, el talento y la disposicion; que el dinero se pierde, y el talento no; porque el talento es un destello de la divinidad.
- CAR. Don Juan no es tonto.
CIR. Ese es demasiado listo. Es decir, un ricote muy osado y muy pedante; de modo que no me conviene ninguno de los dos; el uno por listo, y el otro por torpe.
- CAR. Es decir, que...
CIR. Que nada; déjame solo, que tengo que hacer.
CAR. Vá V. á contestar á don Juan?
CIR. No pienso en eso; pero tengo que hacer otra cosa.

ESCENA VII.

DON CIRIACO, *contemplando asombrado la carta.*

MÚSICA.

Pues señor, esto vá malo,
esto vá malo, señor;
esta carta tan osada
me ha llenado de aprension.
Ese hombre es muy astuto,

atrevido y descortés;
en apuro semejante
estoy que no sé qué hacer.
Mas, pecho al agua,
voto á Luzbel,
que en esta lucha
podré mas que él.
Venga el osado
venga hácia acá,
corra la bola
y ello dirá.

HABLADO.

ESCENA VIII.

DOR CIRIACO, SILVESTRE.

CIR. Avisaré á Silvestre de lo que ocurre, para que ande con cuidado y... Silvestre! (*llamando.*) Silvestre!

SIL. Mande V.

CIR. Ven acá, pobre infeliz, ven.

SIL. (Que será esto?)

CIR. Conoces tú á ese don Juan de Sandoval?

SIL. De nombre sí, pero de vista no.

CIR. Pues eso es lo malo, que yo tampoco le corozco. Pero, mira, te advierto que ha tenido la osadía de remitirme esta carta, en la cual dice, que te ha de matar si continuas queriendo á mi hija.

SIL. Y qué mal le hago yo con eso?

CIR. (Qué inocente!) Por de pronto, te prohibo terminantemente que la hables. Me dice además, que entrará aquí, en mi casa, sin que yo le vea.

SIL. Es brujo!

CIR. No sé; lo que deduzco de esta carta, es, que es un insolente, atrevido y pedante, puesto que me amenaza con estas tonterías.

SIL. Si señor, y un desvergonzado.

CIR. Te recomiendo que estes alerta, y si ves una cara desconocida por aquí, me avisarás.

SIL. Le va V. á dar la mano de Carolina?

CIR. La mano? Lo que le voy á dar es *pié* para que rabie, y desista de su temerario empeño. Mi hija no se casará...

SIL. Mas que conmigo, verdad?

CIR. Ni contigo, ni con él. Tú tienes mucha culpa de esto.

SIL. Ya lo creo. (*con intencion.*)

CIR. Pero tú no hables mas con mi hija, por si acaso; que en cuanto á ese don Juan, yo le diré, si en mi casa entra él ni nadie sin que yo lo vea. Haz palotes, Silvestre, que yo le diré... (*Don Ciriaco se pasea, y en el momento, Silvestre arroja una carta á sus piés sin que le observe.*) Qué esto? Diab! Una carta! Quién ha tirado esto? («Lee.») Juan de Sandoval. (*Mira agitado por todas partes.*) Carolina, Carolina, Silvestre! Has visto alguno aquí?

SIL. No señor.

CIR. Pues cómo es esto? Es brujería?

ESCENA IX.

DICHOS Y CAROLINA.

CAR. Qué queria V. papá?

CIR. Quién ha entrado en casa?

CAR. Nadie, está la puerta cerrada.

CIR. Pues, cómo es que... (*Lee.*) «Sé todo lo que V. hace; le observo, le veo. Dice V. que yo soy un pedande y no se lo perdonaré. Hasta que mé la mano de su hija, le estaré á V. atormentando; su futuro yerno, Juan de Sandoval.» Mi futuro! Caracoles! Quién ha traído esto?

CAR. Y { Eso digo yo. Quién?..

SIL. {

CIR. Canastos! Esto es... Ah! buena idea! Id los dos, tú á la puerta de la calle, Silvestre, y tu, hija, á la ventana.

CAR. Qué vá V. ha hacer?

CIR. Voy á escribir á ese don Juan, diciéndole que se me presente, que quiero conocerle, y luego le doy una paliza que...

SIL. Voy á coger las planas y... (*Escribe apresuradamente otra carta.*)

CAR. Llevaré de paso este tintero, para limpiarle.

CIR. (*Paseando.*) Cuidado que es osadía!...

SIL. Hasta luego. (*Arroja la carta sobre la cabeza del maestro.*)

CIR. Eh? Caracoles! Otra carta! Silvestre!

SIL. Mandé V.

CIR. (Diablo, si este chico no fuera tan tonto, juraría que era un tunante...)

SIL. Qué quiere V?

CIR. Has visto algo?

SIL. De qué?

CIR. No has visto nada?

- SIL. De cuál?
- CIR. (No, no; este es un estúpido.)
- SIL. Me marchó?
- CIR. No, espérate; á ver qué dice esta carta endiablada. (Lee.) «Ciriaco, *te veo.*» Y me tutea! «Sé que pretendes llevarme á tu lado, para darme una paliza; pero no lo conseguirás. Soy mas pilló que tú. Ojo con lo que haces, y no olvides que *te veo.*» Silvestre, qué es esto?
- SIL. Cuál?
- CIR. Es brujería? Es algun demonio este Sandoval? Oye, Silvestre, siéntate aquí en la mesa; y no te encargo mas, si no que mires bien al techo, y á los costados, á ver si ves entrar aquí algo ó alguno. Yo entre tanto voy á poner dos letras á ese don Juan, capaces de erizar el pelo al hombre mas atrevido.
- SIL. Si señor, insúltele V., á ver si así se marcha...
- CIR. Voy á ponerle de indecoroso y de seductor... (Se sienta, y apenas coge la pluma, cuando Silvestre tira otra carta sobre la mesa de don Ciriaco, que está dando espaldas á Silvestre.) Canario! (Se levanta.) Esto ya pasa de castaño oscuro. Silvestre!
- SIL. Señor!
- CIR. Has visto?..
- SIL. Cuál?
- CIR. No has visto nada?
- SIL. No, señor.
- CIR. Silvestre, tú lo eres en toda la estension de la palabra. (Lee.) «No seas zoquete.» Caracoles! Me llama zoquete. «No gastes tiempo en balde. Escusas escribirme, porque sé todo lo que me vas á decir.» Pero señor, por la Virgen de la O. En mi casa hay algun duende...
- SIL. Qué es duende?
- CIR. No, pues yo he de coger en el garlito á quien se divierta... Habrá alguna rendija en el techo? Ah! buena idea! Tú, mira á los lados, á ver si ves algo, que yo no he de quitar la vista del techo; y como yo llegue á comprender... (Mira fijamente al techo.)
- SIL. Y yo tambien... (Tira otra carta que cae sobre la cara de don Ciriaco.)
- CIR. Fú! fú! Canastos! Socorro! Soco... (Se sienta.)
- SIL. Don Ciriaco, qué pasa?
- CIR. Que me confundo! Santo Cristo! Qué belen es este? Si estará esta casa endemoniada?
- SIL. Qué dice esa carta?
- CIR. Ay! yo me pongo malo. (Lee.) «No haga V. el bú, don

Ciriaco; deme V. la mano de su hija, y déjese de preocupaciones.»

SIL. La mano de quién?

CIR. De Carolina.

SIL. No señor, eso es, Carolina se casará conmigo.

CIR. Chist! Calla, calla, mameluco. (*mirando al techo.*) Dispense V., duende ó lo que sea, que este muchacho es tonto.

SIL. Pues me casaré, me casaré, y me casaré.

CIR. Calla, mosca borriquiteña! Que me comprometes! (*Llama asustado.*) Juana, Carolina. (*Caracoles, hay que temer á quien causa esto, porque, si como le dá por tirar cartas, le dá por tirar cascotes, nos aplasta!*)

ESCENA X.

DICHOS, JUANA y luego CAROLINA.

JUA. Que quería V.?

CIR. Mira, ponte aquí, (*A un lado.*) y mira con cuidado, á ver si ves algo.

JUA. Algo! De qué?

CIR. De... de cartas, ó manos, ó... Coloca la vista en el techo.

JUA. En el techo?

CIR. Sí, así. (*La hace mirar al techo.*)

JUA. Para qué?

CIR. Silencio! Para lo que sea.

CAR. (*Entrando.*) Me llamaba V.?

CIR. Si, hija; tú colócate en este otro lado, y mira al techo, á ver si ves caer algo. Y tú, Silvestre, aquí. (*Foro.*) Voy á escribir ahora la carta mas insultante... (*Se sienta á escribir, y Silvestre hace lo mismo, sin ser visto.*)

JUA. Señor, señor.

CIR. Qué! Ves algo? (*Se levanta sobresaltado.*)

JUA. Si señor, una araña.

CIR. Eh! Eso no vale nada. (*Se sienta.*)

CAR. Papá, papá; aquí ha caído...

CIR. Otra carta! (*Levantándose.*)

CAR. Un pedazo de cal.

CIR. Dale! Borrica! (*Se sienta.*)

SIL. Señor Maestro, señor Maestro...

CIR. Qué, hijo, qué? (*Vuelve á levantarse.*)

SIL. He visto...

CIR. Qué, qué has visto!

SIL. Una cucaracha!

CIR. Dále, bolonio! ¡Qué materialmente entendeis las co-

- sas! (*Se sienta y escribe.*) «Muy señor mio.»
SIL. (*Arroja otra carta sobre la mesa de don Ciriaco.*)
CIR. Ay! ay! Juana, Carolina, Silvestre!
TODOS. Qué pasa?
CIR. Que has visto tú?
CAR. Yo, nada.
CIR. Y tú?
SIL. Yo, nada.
CIR. Y tú?
JUA. Yo, nada.
CIR. Nada, nada; todos nadaís, y yo me ahogo de pasmo, y de rabia, y de...
CAR. Qué carta es esa?
CIR. (*Lee.*) «Don Ciriaco; ya me canso de tanto escribir; no haga V. el bú. Si dentro de diez minutos no me ha concedido V. la mano de su hija, en vez de arrojarle una carta, le arrojaré á V. un peñasco!» Peñasco! Ya pareció aquello! Hijos, hijos, Juana, corre á avisar al Alcalde, al juez, y...
CAR. Pero papá...
CIR. Corre, muchacha, corre.
JUA. Qué le digo?
CIR. Que venga al momento, con treinta ó cuarenta alguaciles.
JUA. Voy. (*Váse.*)

ESCENA XI.

DICHOS, *menos* JUANA.

- CIR. Corre, menea esas piernas.
CAR. Pero papá...
SIL. (*Arroja otra carta á don Ciriaco.*)
CIR. Otra! Santo Dios! Otra! Pero ese duende, qué duende es ese?
CAR. A ver qué dice?
CIR. (*Lee.*) «Veo que V. no quiere ceder en esta lucha. Pues bien, ya que no quiere V. darme la mano de Carolina, exijo que se la dé V. á otro cualquiera, pero en el término de cinco minutos, ó de lo contrario, no olvide V. lo del peñasco.»
CAR. Mi mano!
CIR. Háse visto rareza! Esto de casarla con otro cualquiera, lo dice á ver si yo se la doy á él; pero chasco se lleva; le cojo por la palabra.
CAR. Sí?
CIR. Hija mia, tú amas á Silvestre?
CAR. Mucho, si señor, mucho.

- CIR. Y tú, Silvestre, amas á...
SIL. Yo quiero casarme con Carolina.
CIR. Concedido.
SIL. De veras?
CIR. Sí; y con mucho gusto, porque eres muy bueno; el único sentimiento que tengo es que no sepas ni leer.
SIL. Señor Maestro, no se volverá V. atrás?
CIR. Yo! Nunca; yo soy muy fuerte en mis decisiones. Ahora, no temo mas que á ese duende...
SIL. No tema V. ¿No se volverá V. atrás, verdad?
CIR. Nunca!
SIL. Pues yo encontraré al duende.
CIR. Tú?
SIL. Si señor; yo sé dónde está.
CIR. Dónde? Dónde?
SIL. Aquí. (*Señalándose á sí mismo.*)
CIR. Cómo!
SIL. Allá vá la última carta.
CIR. Pero, pero... Carolina, qué es esto? Silvestre! Qué haces? Y escribe! Qué de prisa! Silvestre!
SIL. Tome V.
CIR. (*Lee.*) «Gracias, don Ciriaco; el amor atropella por todo; el Duende es Juan de Sandoval, ó sea Silvestre Naranjo.» Pero Silvestre!...
SIL. Olvide V. ese nombre; soy Juan de Sandoval, esposo de Carolina.
CIR. Es decir que... y tu madre?
SIL. Mi madre en Madrid; esa que V. creía mi madre, es la mujer de uno de mis criados.
CIR. Es decir que he sido víctima de un engaño?
CAR. Perdónenos V.
SIL. Señor don Ciriaco, ruego á V. que me perdone y...
CIR. De ninguna manera; mi hija es pobre, y no consiento...
SIL. Don Ciriaco, cumpla V. su palabra, y seré el mas feliz de los hombres.
CIR. Es que...
SIL. Sea V. bondadoso.
CAR. Sí, consienta V.
CIR. (Y cómo negarme!) Ea, pues, que Dios os haga felices.
SIL. Oh! placer! Sí padre, venga V. á Madrid...
CIR. Nunca; el único favor que os pido, es que me dejéis vivir en este pueblo, y con mis chiquillos. Id vosotros, jóvenes ahora, á gozar de las delicias que pueda ofrecer la Côte; pero vendreis á verme continuamente.

CAR. }
Y SIL. } Con mucho gusto.

ESCENA XII.

Dichos, JUANA.

JUA. El señor Alcalde, que está ocupado con las elecciones, que vendrá mañana.

CIR. Vete, y dile que no se moleste. (*En este momento entran los chicos.*)

CIR. Eh! niños, niños, esta tarde no hay escuela.

TODOS. Viva, viva!

CIR. Hoy se casa mi hija.

TODOS. Se casa, se casa.

CIR. Se casa con este caballero.

TODOS. Con el tonto, el tonto!

CIR. Eh! Silencio! Este caballero es don Juan de Sandoval, un jóven de Madrid. Ya os contaré algo mañana; ahora, idos despacito.

SIL. Esta noche, venid todos á cenar aquí, amados condiscípulos.

CIR. Eso es, hasta la noche.

TODOS. Viva el señor maestro.

TODOS. Viva!

UNOS. Viva don Juan!

TODOS. Viva! Viva! (*Vánse atropelladamente.*)

MÚSICA.

SIL. Amada esposa mia
llegó la hora al fin;
viviendo ya á tu lado
tu amor me hará feliz.

CAR. Al fin llegó la hora
llegó la hora al fin,
tu amor me hará dichosa,
tu amor me hará feliz.

CIR. Queridos hijos míos
dejad que os vea aquí,
será siempre mi dicha
teneros junto á mí.

CAR. }
Y SIL. } Ya nuestra dicha
se completó;
nuestro deseo
ya se cumplió.
Tú eres mi vida,
tú eres mi amor,
tuyo es por siempre

CIB.

mi corazon.
Ya vuestra dicha
se completó;
vivid felices
con tanto amor.
Que Dios envíe
su bendicion,
cual yo bendigo
tan santa union.

FIN DE LA ZARZUELA.



